

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año V
Núm. 214

25 cts.

Protagonista
MARY CARR

LA VENDEDORA DE FOSFOROS

Con el presente número se regala un retrato de WILLIAM HAINES

Novela Popular

Cinematográfica

1926

SOMEBODY'S MOTHER

Adaptación literaria de la sentimental
película

La Vendedora de Fósforos

maravillosa exaltación del amor materno,

Sublime interpretación de la eximia estrella

Mary Carr

y la bellísima ingénuo

Gladys Hulette



Exclusivas PROCINE

Clarís, 71 bajos

BARCELONA



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



PRIMERA PARTE

En los barrios populosos de Nueva York, en esos barrios del Comercio y de la Bolsa, donde los hombres persiguen afanosamente el velloncino de oro, la figura de la vendedora de fósforos Mary Foster, que más bien que de humilde, siéndolo por su carácter, podríamos calificar de mísera en virtud de su indumentaria, ofrecía un extraño contraste.

Pero su oficio no era más que una máscara y un pretexto. Contadas eran las personas que sabían el secreto de Mary. Entre estos contadísimos seres figura el que escribe estas páginas, cuyos ojos, semejantes a los de Argos, tienen la virtud de escrutar las almas. Allá donde hay un misterio, donde quiera

que una conciencia ajena se empalada con la negra sombra del dolor, allí van nuestros cien ojos investigadores para desmenuzar hasta sus más triviales pensamientos y ofrecerlos al lector.

¿Por qué aquella mujer de edad que pasaría de la cuarentena tenía siempre una mirada triste? ¿Por qué sus ojos se clavaban insistentes en todos los jóvenes que representaban como unos veinticinco años?

Mary Foster, la humilde vendedora que el populoso barrio consideraba como algo típico, como algo tradicional y propio, tenía en su corazón de madre una herida sangrante. La espina del dolor se clavó un día y desde entonces, vagaba anhelante a través de aquel torrente de humanas actividades en busca de un rostro que un día u otro debía forzosamente cruzarse en su camino, y que su instinto maternal le haría adivinar forzosamente.

Al quedarse viuda, un malvado, un hombre sin corazón, su cuñado Juan Foster, la requirió de amores. Ella, que todavía conservaba en su corazón la huella impercibible dejada por el que se fué, se negó en redonda a sustituir aquel grande amor perdido, cuyo recuerdo era como una antorcha que iluminara la senda de su vida, y concentró en su hijito Jorge el inmenso tesoro de su ternura.

Pero he aquí que el malvado Juan Foster, desechado, herido en su amor propio, consiguió mediante testigos comprados hacer ver que su sobrino recibía malos tratos, y la Ley, inflexible y austera,

protectora de los débiles, desposeyó a la madre del fruto de sus entrañas y dispuso que el niño fuera entregado al fementido delator para que le prodi-gara sus paternales cuidados.

Fueron inútiles las súplicas de Mary. El niño desapareció y poco tiempo después Juan Foster, se ausentó también de Nueva York, sin que nadie pudiera dar razón del rumbo que había emprendido.

Desde aquel día, María Foster comenzó su negocio de vendedora de cerillas, y mezclada entre la inmensa multitud, buscaba sin tregua, ya al hombre odiado, ya al hijo de su alma. Habían transcurrido quince años desde aquella fecha y Mary, animada siempre por un rayo de esperanza, por ese sagrado fuego del amor que sólo puede vivir tantos años sin extinguirse en el corazón de una madre amante, no había cesado un solo día de salir a deambular por el centro más concurrido de la ciudad, pensando siempre: "Quizás hoy...".

Difíase el caso peregrino de que aquella mujer, toda amor, de que aquella madre mártir, mil veces santa por la fuerza de su fervor y constancia en el querer, era considerada entre los niños del barrio como una especie de "coco". Ello se debía a sus vestiduras hechas girones, a su indumentaria. Y como los niños, niños al fin y al cabo, sólo juzgan por las impresiones externas, creían firmemente que aquella mujer, la más pobremente vestida, debía ser forzosamente la más mala de cuantas existían sobre la faz de la tierra.

—¡Si no eres bueno—decían las madres a sus niños—te entregare a Mary, la vendedora de fósforos, para que te lleve a su cueva!

—¡Ten cuidado!—amenazaban otras—. ¡Mary tiene un horno muy grande y asa a todos los niños que encuentra! Con tales recomendaciones nada, pues, tiene de extraño que los chiquillos procuraran pasar lo más lejos posible de Mary, y hasta se cambiaban de acera o daban la vuelta por otra esquina cuando tenían la desgracia de toparse con aquella mujer.

El día en que encontramos a Mary, sorprendía ésta a unos cuantos pilletes jugando a los dados en plena calle. Era el capitán de la partida de jugadores un arrapiezo, vivo e inteligente, a quien todos llamaban Pedrin. Solo en el mundo, sin padre ni madre, libre como un pajarillo, sin otro amor que el de su adorada libertad, Pedrin, por la sencilla razón de que apenas si recordaba haberlos gustado, no echaba de menos los mimos y caricias maternos.

Mary detuvo sus pasos ante los jugadores e interrogó al despierto Pedrin.

—¿Cómo es eso?... ¡Jugador a tu edad! ¿Qué harás cuando seas mayor?

—Entonces, señora—contestó el pilleto sin titubarse—seré... banquero.

Día tras día, volvió Mary a seguir su peregrinación y ocurrió que cierta mañana, el pasado surgió ante ella, representado por la figura de Juan Foster.

—¡Juan Foster!—gritó la pobre mujer, sin poderse contener.

La nieve de los años había descendido sobre la cabeza de aquel hombre, poniendo un marco blanco a sus negros pensamientos. Pero a pesar de todo,



Cómprame una caja de cerillas señor

Mary lo reconoció en el acto, y siguió tras él, dispuesta a entablar conversación.

—Señor, cómprame una caja de cerillas...

El timbre de aquella voz, detuvo al caminante, que comenzó a examinar atentamente a la vendedora.

También los cabellos de Mary, años atrás rubios como el oro, habíanse convertido en hebras de plata. Su faz, antes tersa como el alabastro, yacía surcada de arrugas profundas. Diríase que las lágrimas, al resbalar, habían trazado surcos caprichosos, cual los arroyuelos que descienden de las montañas. En cambio, sus ojos tristes, eran como antes; encerraban dentro de sus órbitas el puro azul del cielo y seguían siendo igualmente dulces, tan dulces, que aun en los momentos de exaltación, parecía que acariciaban al mirar...

—Hace quince años que estoy esperándote Juan... Ya sabía que, tarde o temprano, volverías... ¿Dónde está mi hijo?

—Te aconsejo que me dejes en paz, Mary... ¡Tu hijo es mío ahora, bien lo sabes! ¡Tengo la ley de mi parte y no te permitiré que lo vuelvas a ver nunca más!

Juan Foster, giró sobre sus talones y antes, de que la infeliz madre pudiera darse cuenta, desapareció entre aquel mar de cabezas.

Apoyada contra una esquina, sorbiendo las lágrimas que pugnaban por empañar la celeste bóveda de sus ojos claros, Mary comenzó a meditar.

Puesto que su cuñado estaba en Nueva York, no le sería difícil volverle a ver sin salir de aquel barrio, y si lo volvía a ver, lo seguiría, fuera a donde fuese. Era indudable que donde él estuviese estaría también su hijo, hecho ya un hombre. Y así-

made por esta ilusión, Mary hizo algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo: *sonreír*...

SEGUNDA PARTE

La voz de Pedrín vino a sacarla de su éxtasis.

—¡Sálvense usted, Mary!... ¡Los *polis* quieren echarme el guante!

Mary, apoyada su espalda contra un saliente del edificio, ocultó al niño tras de sus voluminosas faldas.

—¿Ha visto correr por aquí a un muchacho, Mary?—le preguntó uno de los *polizontes* del distrito, que a duras penas podía hablar de puro cansado.

—Sí, ahora mismo acabo de ver a un chiquillo corriendo como un desesperado. Marchó por ahí señaló ella con el índice.

Mientras el del orden continuaba su interrumpida carrera Pedrin salía de su escondite, todavía con algunos plátanos en la mano.

—Vas por mal camino, pequeño... Primero el juego... Ahora robar. ¿Es que te has propuesto ir a una casa de corrección?

—Tenía hambre... Desde ayer que no había probado bocado... He visto unos plátanos en una frutería y el dueño ha llamado a la policía. ¡Miserable!

—¿Es que tus padres no te dan de comer?

—Yo no tengo a nadie, señora... Estoy solo en el mundo.

—¿Quieres venir a vivir conmigo?... Te daré comida abundante, para que no vuelvas a sentir esa cosa tan horrible que es el hambre, y procuraré hacer de ti un hombre de provecho... un buen muchacho.

Pedrin la miró con recelo:

—No; yo no voy con usted... Me han dicho que se come a los niños crudos.

Mary, sonrió ante la salida de tono del pilluelo y aquella dulce sonrisa, fundió todos los prejuicios del muchacho, que se dejó llevar sin la menor resistencia.

La casa de Mary no era la misera vivienda que correspondía a una pobre vendedora de cerillas. No

era ni mucho menos un palacio, pero para Pedrin, que desde que tenía uso de razón había habitado cada noche en un lugar distinto, aquello le parecía una de esas mansiones que sólo pueden encontrarse en los cuentos de hadas.



— para que no vuelvas a sentir esa cosa tan horrible que es el hambre.

—En cuanto te laves un poco—le dijo Mary—comerás todo lo que quieras.

Pedrin, podría no ser obediente, pero en aquella ocasión, decidió cumplir la orden al pie de la letra. ¿No le habían dicho que un poco? Cogió la toalla

con más cuidado que si hubiese sido una bomba explosiva, envolvió dos dedos que metió en el agua y luego, con mucho cuidado, quizá por temor a llevarse la piel, se frotó la punta de la nariz; ni más ni menos que si hubiese sido un felino.

La piel, precisamente, no se llevó, pero sí debió llevarse algo que había por encima de ella. Es lo cierto, que entre la parte mojada y la que permaneció "en seco", quedó una diferencia de color lo suficientemente notable para ser apreciada por el más corto de vista.

Mientras Pedrín terminaba esta complicadísima operación, en la cual puso sus cinco sentidos, Mary, trocaba sus ropas de vendedora de fósforos por las que llevaba en su hogar. Y cuando el muchacho la vió, se quedó como quien ve visiones.

—Vaya un cambio que ha hecho usted! ¿Por que no se pone tan elegante para ir a vender cerillas? Daría el golpe...

—¡El golpe te lo voy a dar yo a ti!—exclamó Mary mirando su extraño lavatorio... ¿Tu no sabes lo que es un baño?

—Sí, señora; es una máquina que suelta mucho jabón.

—¿No has tomado nunca ninguno.

—Una vez que me encerraron en un asilo... pero crea que no me quedaron ganas de repetir. ¡Estaba el agua más fría!...

—Pues aunque no te quedaron ganas vas a repetir

ahora. Hay que ir a la cama con el cuerpo y el alma bien limpios.

No le hizo mucha gracia el remojón pero, al fin y al cabo, todo se podía dar por bien empleado. Había visto al entrar una tortas de confitura, que nada más que con mirarla ya alimentaban... y como detrás del remojón, su claro instinto, le dictaba que vendría lo otro...

Pedrín durmió en cama blanda y al ir a acostarse unas manos suaves acariciaron su rostro, donde Mary depositó unos cuantos besos.

—Yo tengo un amigo que tiene mamá—decía el pequeño—y me cuenta que, cuando se va a dormir, también le dan besos.

Aquella noche el cerebro de Pedrín fue una máquina trabajando a todo vapor; soñó que de golpe y porrazo quedaba convertido nada menos que en rey, y su primera providencia al subir las gradas del trono, fué hacer comparecer ante su presencia al más vil de sus súbditos; a un tacaño vendedor de plátanos.

—Gran Rey—le preguntaban sus amigos, revestidos con vistosos uniformes de altos dignatarios de la corte—. ¿A qué condenas a este hombre, a la horca?

—No. Eso es muy poco... ¿A tomar un baño bien frío!

Por su mente exaltada fueron desfilando los hechos de su vida... las cartas; los dados. Y como Rey

y Señor se dió el gustazo de ganar a todos sus compañeros de juego, y además, de mandar a la cárcel a cuantos pretendieran ganarle usando de malas artes.

TERCERA PARTE

Al día siguiente, Mary requirió sus ropas de mendiga y volvió a pasear por el mismo punto que el día anterior. Como esperaba, no tardó en ver pasar a su cuñado.

—Déjame ver a mi hijo una vez... sólo una vez —murmuró suplicante—. Yo no diré nada y él no sabrá quien soy.

Foster, le dió un empujón que la hizo tambalear

y se fue derecho a un policía, que no lejos de allí presenciaba la escena. Por fortuna, el polizonte era un hombre de buen corazón y, además, buen amigo de Mary.

—Este caballero—manifestó el polizonte—se queja de que usted le está importunando.

—Es que el señor debe tener muy poca paciencia... Después de todo, no he hecho con él ni más ni menos que con todo el mundo: ofrecerle mis fósforos...

El amable guardia intervino conciliador, y gracias a su mediación el encuentro no tuvo consecuencias. Pero Mary se prometió seguir a aquel hombre aun que fuera hasta el fin del mundo, si ello le era necesario, y sin ser vista marchó tras el odiado verdugo de su vida.

Algunos días después de estos hechos, llegaban al Gran Hotel de Nueva York dos viajeros que a duras penas si entre los dos podían reunir unos cuarenta años. El era un guapo mozo de unos veinticinco años y ella, no tendría más de diez y ocho. Con la felicidad pintada en su semblante, parecía doblemente hermosa.

En el registro del hotel anotaron sus nombres:

Viajeros: Jorge Foster y su esposa.

Procedentes de: California.

Objeto de su visita a Nueva York: Lana de miel.

Lo más discreto en estos casos, es dejar que los enamorados se las entiendan como quieran, tanto

más en estas circunstancias, en que hasta la presencia del cronista, no obstante ser invisible, podría resultarles molesta. El interés de nuestra narración exige que nos traslademos a otro barrio de la populosa urbe, al domicilio de Ernesto Martín, hombre bueno y amigo verdadero de Mary, uno de estos amigos inalterables, tan fieles en la ventura como en la adversidad. A decir verdad, existía entre ambos un sentimiento bastante más firme que el de la amistad, pero pasaban los años y ninguno de ellos se atrevía a confesárselo.

Trasladándonos nada menos que por la vía aérea y aterrizando en lo alto del "rascacielos", llegamos al domicilio de Martín a tiempo que en el mismo penetraba Mary. Siempre oportunos, ella nos da lugar, aun a trueque de pecar de indiscretos (nuestra única mala condición), a escuchar la conversación sostenida entre ambos.

¡Bienaventurados sean los "portiers" que ocultan a todos los fisgonas!

—¿Trae usted buenas noticias, amiga mía?

—He encontrado a Juan Foster que hace poco se ha instalado en Nueva York y sé dónde vive... Vaya usted a visitarlo, Ernesto, y pídale que me deje ver a mi hijo.

—No conseguiremos nada Mary... A su cuñado no hay ruego capaz de conmovérle.

—Intentelo usted de todos modos... Que me deje

ver a mi hijo una sola vez, y le perdonaré todo el daño que me ha hecho...

—Es mejor que vaya usted misma... Si se niega, le amenazamos con publicar el documento comprometedor para él, que nos dió aquel desgraciado arre-



—¿Trae Vd. buenas noticias, amiga mía?

pentido y que obra en nuestro poder.

—Tiene usted razón, Ernesto... Iré yo misma, y con esta amenaza por delante, es casi seguro que no dirá que no...

A la misma hora, mientras Mary y Ernesto tra-

zaban sus planes para conseguir que ésta viera al hijo de sus amores, siquiera una sola vez, en el Gran Hotel, otra pareja de enamorados, más jóvenes y por ende más fogosos y optimistas, hablaban también de ir a ver a Juan Foster, y en su acogida cifraban su felicidad.

—No temas nada Laura—decía el joven con aire de convicción—. Yo mismo iré a ver a mi tío y le contaré lo ocurrido. Cuando sepa que eres mi esposa, te querrá como una hija.

Y dejando a la joven esposa tranquila y confiada Jorge, salió solo por primera vez después de su boda.

Al penetrar en la casa de su tío, dióse de manos a boca con el ama de llaves que salía a oír un sermón en la iglesia próxima. Sin embargo, ésta, por efecto de aquella visita inesperada, tardó un poco en salir y aun tuvo tiempo de oír las primeras palabras de la acalorada discusión entablada entre tío y sobrino.

—¿Pero cómo? ¿Qué es eso? ¿Cómo te has atrevido a salir de California sin mi permiso?

—Verás, tío... he venido a casarme con mi novia... ¡Si tú vieras qué bonita y qué buena es!... Cuando la conozcas, estoy seguro que me perdonarás...

—Entonces, no te perdonaré nunca, porque me niegas en redondo a verla... ¡Y además, te ordeno

que salgas inmediatamente de Nueva York con esa mujer, que, sin duda, ha venido detrás de mi dinero!

—¡Tío, no te consiento que insultes a mi mujer!—exclamó Jorge irguiéndose con aire retador—. ¿Entiendes bien? ¡A mi mujer!...

—¿Amenazaras a mí?... ¡Desgraciado! ¿Así me pagas el haberte hecho un hombre, el haberte recogido cuando tu madre te abandonó? ¡Vete! ¡Vete o cometo un desatino, criatura!...

Jorge abandonó el palacio de su tío decidido a todo antes que abandonar a la mujer de sus amores, al ídolo de su vida. Era su primer amor, un amor nacido al salir del colegio, que llenaba su vida entera.

—¿Qué te ha dicho?—inquirió afanosa Laura al ver regresar a su anñado—. ¿Consiente por fin?

—No, amor mío, se niega en absoluto. Ni siquiera ha querido conocerte; pero no te importe, alma mía, yo lucharé, trabajaré para los dos, y el hogar que consigamos crear, me parecerá más propio, más nuestro... Me hubiese gustado que mi tío no se hubiera opuesto, porque, al fin y al cabo, yo a él, también le quiero, pero por encima de todo estás tú, mi pequeña mía.

Mientras los dos enamorados encontraban en su propio amor, fuerzas, y hasta ilusiones para conllevar alegremente los golpes más rudos, en el palacio de Foster ocurría algo extraordinario.

Mary, la pobre Mary, salía por sus puertas con el corazón destrozado por la última y cada vez más terminante negativa de su irascible cuñado. Ni las amenazas, ni las súplicas, nada había logrado ablandar el corazón de piedra de Juan Foster.

Pocos minutos después de la partida de Mary, a quien nadie vió entrar ni salir, regresó el ama de llaves de oír el ansiado sermón. Al penetrar en el despacho, recibió tal impresión, que estuvo a punto de quedar desmayada. Tendido, como un leño, Juan Foster yacía en el suelo, envuelto en un charco de sangre.

De las primeras indagaciones se desprendió que en casa del millonario no había estado otra persona que su sobrina. El ama de llaves declaró haber oído que ambos «ostenían una acalorada discusión y Jorge fué detenido como presunto culpable.

Los periódicos del día siguiente ocupáronse del asunto con la extensión propia del caso. En la primera plana, con grandes titulares aparecía el relato.

"El crimen de anoche. El rico propietario californiano Juan Foster, ha aparecido asesinado en su casa de Nueva York".

Debajo de los titulares iba la fotografía de Jorge, su sobrina, detenido como presunto autor del crimen. Mary vió por primera vez a su hijo.

¡Hijo mío!... ¡Mi niño!...

El periódico cayó de sus manos y la infeliz, anonadada por el golpe brutal, rodó por el suelo sin conocimiento.

Al volver en sí, le faltó tiempo para correr a casa del famoso abogado criminalista Barrows. Vestióse con sus humildes ropas de vendedora de cerillas y corrió, ansiosa de salvar a su hijo.

—Señor Barrows—murmuró la desdichada, todavía jadeante—he venido a pedirle que defienda usted a Jorge Foster, ese muchacho que acusan de haber matado a su tío...

—Si realmente es inocente, lo sacaré a la calle, pero ya verá usted Mary, que esto representa gastos... y no sé si su negocio de vendedora de fósforos... En fin, tratándose de usted, yo me comprometo a que por mi parte sea todo gratuito, pero piense que en el proceso intervienen varias personas, cuyos honorarios hay que pagar.

Mary sacó su portamonedas y entregó al abogado siete billetes de veinte dólares.

—¿Bastará con esto?

—Es demasiado mujer... Yo no puedo consentir que usted gaste sus ahorros, sus gotas de sudor en la defensa de una causa que no le importa. Con cincuenta dólares me basta por el momento Mary... Si hace falta algo más, ya se lo pediré.

—Sobre todo señor Barrows—murmuró la pobre madre con los ojos preñados de lágrimas—, no diga a nadie que yo he venido a visitarle por este asunto, y menos al procesado.

—Desnúde, Mary, desnúde—repuso el abogado guardando el dinero.

La conducta de Mary causó no poca extrañeza al criminalista. No obstante, como en su larga carrera se le habían presentado casos tan singulares, sus cavilaciones no duraron mucho rato.

—Quién sabe—pensó Barrow recordando otros casos parecidos—, es posible que a esta pobre mujer se le haya metido en la cabeza que este joven es inocente y querra salvarlo.

Pasaron días de angustia, días mortales, en los cuales la pobre madre estuvo a punto de perder la razón. Otro tanto le ocurría a la infortunada Laura, que para colmo de desdichas, ni siquiera podía ver a su marido. Solá; sin una mano amiga que le diera consuelo, sin un sólo corazón que pudiese compartir con ella su acerbo dolor en aquella inmensa urbe; pobre flor de juventud, cuyas ilusiones aparecieron marchitas al primer envite de la torturante realidad, languidecía por momentos, destrozada el alma por la inmensidad de su pena.

Llegó por fin la vista de la causa y después de un brillante informe del abogado Barrows, el jurado se retiró a deliberar. Los corazones de la esposa y de la madre, latían apresurada, desenfrenadamente, como si quisieran romper la caja que los aprisionaba. Sus ojos ya secos de tanto llorar, abrigados por el insomnio y la fiebre, miraban ansiosamente aquella puerta herméticamente cerrada, tras de la cual se decidía en aquellos instantes la felicidad de sus vidas. En la sala ni un murmullo, ni el más leve ruido

venía a turbar el silencio, que hacía aparecer aún más imponente la majestad de la justicia.

Abrióse por fin la puerta y el Presidente leyó la conclusión del Jurado.

—Los señores del Jurado—manifestó con voz solemne—reconocen la culpabilidad del acusado.

Mary se levantó como movida por un resorte.

—Ese joven es inocente!... ¡Pui yo quien mató a Juan Foster!

El Presidente y los demás del tribunal, movieron la cabeza, haciendo signos dubitativos.

—¡Tienen ustedes que creerme!... ¡Yo lo maté! ¡Lo juro! ¡Dénme los Evangelios! ¡Juraré sobre ellos y así me creerán por fuerza!

Uno de los funcionarios, se acercó diligentemente a una indicación de la Presidencia y puso ante Mary las Sagradas Escrituras.

—¡Por la salvación de mi alma!—gritó la infeliz con entereza.

En aquel instante un jefe de policía se acercó a conferenciar con el Presidente.

—Señor Presidente—le dijo—la comisaria del distrito tercero nos comunica haber detenido una banda de foragidos, entre los cuales se halla el asesino de Juan Foster, convicto y confeso...

—¡Señores!—exclamó el Presidente luego que el policía hubo concluido el relato—acabo de saber que el asesino de Juan Foster es un ladrón que entró en su casa con intención de robar. Está detenido y lo ha confesado todo. Este proceso terminará pues, con



¡Denme los evangelios!

en no ha lugar; pero—y se dirigió a Mary—yo debería castigar a usted por haber jurado en falso.

—Puede usted hacer lo que quiera, señor; yo tengo la convicción íntima de la inocencia de este joven, cuya libertad me interesaba más que la mía

propia, y no podía obrar de otro modo si quería salvarlo...

Abrazado que hubo a su dulce Laura, que en aquellos instantes estuvo a punto de morir de alegría, Jorge Foster fué hacia su defensor.

—¿Sabe usted quién es esa buena mujer?

—No; lo único que puedo decirle, es que la llaman Mary y vende cerillas en el barrio de la Bolsa.

Jorge marchó corriendo hacia la calle, tras la desconocida y tuvo la suerte de encontrarla en el vestíbulo de la Audiencia.

—Señora, dígame su nombre para que yo pueda reverenciarlo toda la vida...

Mary cerró los ojos. De haberlos tenido abiertos, no hubiese podido vencer la irresistible tentación de abrazar a su hijo.

—Hijo mío... murmuró por fin con voz temblorosa—hástete saber que soy... una madre... ¡Eso es, una madre!

Y ocultando sus lágrimas salió a la calle, yendo a esconderse en un auto, donde dió rienda suelta a su dolor.

Aquella noche, Jorge Foster fué a casa de su tío acompañado de su esposa y el abogado Barrows.

A poco de llegar se presentó en ella Ernesto Martín, manifestando sus deseos de hablar con el joven

—Permitame una pregunta, señor Foster... ¿Su-
do no le habló alguna vez de su madre?

—Sí, señor... desgraciadamente... Pero no veo en
qué pueda interesarle a un extraño los asuntos de
mi familia.

—Poco a poco, joven... Yo no soy un extraño en
absoluto; su madre me ha hecho el honor de ver en
mí a su mejor amigo.

El joven, encogióse de hombros, dando a entender
que todo aquello no le importaba lo más mínimo.
Pero Ernesto no se de desanimó por ello; se había
propuesto llegar hasta el fin.

—Escúcheme bien, Jorge... —continuó el buen
hombre—. Todo lo que su tío le haya dicho de su
madre, es falso. Yo le aseguro que no tiene usted
por qué avergonzarse de ser su hijo.

—Sin embargo, ella me abandonó cuando era yo
un niño.

—¡Eso es mentira! Cuando su madre se quedó
viuda, Juan Foster, para vengarse de que no lo había
aceptado por marido, acumulando pruebas falsas,
consiguió que los tribunales la separaran de su hijo...

Ernesto, para mayor abundamiento, extrajo de su
cartera el documento que desde hacía años venía
guardando.

—Lea usted esto... —exclamó—. Quizás éstas li-

neas serán más convincentes que mis palabras.

Jorge tomó el escrito.

"...y en mi lecho de muerte—rezaba el documen-
to—en el momento de comparecer ante Dios, afirmo
que el testimonio que me arrancó Juan Foster con-
tra su cuñada era falso. Ese testimonio fué la causa
de que Mary se viera desposeída de su hijo..."

—¡Pobre mamá! —murmuró el joven—. ¿Cuánto
ha debido sufrir! ¿Dónde está ahora? ¡Lléveme en-
seguida a su lado!

—Siento no poder complacerle, Jorge... pero no
estoy facultado para ello. Mi única misión era reha-
bilitarla.

—¿Pero de veras, Jorge, no ha caído en la cuenta
de quién puede ser su madre? —exclamó el abogado.

—Yo... señor Barrows...

—¿Pues quién ha de ser, hombre de Dios? ¿Quién
cree usted que es capaz de hacer lo que ha hecho
Mary, la vendedora de fósforos, sin tener para ello
un interés que sólo una madre puede sentir?

En aquellos instantes, Mary, cumplía su misión
en la ciudad y casi casi podía decir que en la vida,
puesto que había tenido la dicha de ver a su hijo
feliz, recogía sus hártulos y, en compañía de Pedrín,
decidíase a partir para concluir sus días en la sole-
dad del campo.

—¿Y también en el campo hay cuarto de baño?— preguntó Pedrín, con toda la inquietud que es de suponer.

—No, pero hay un río muy hermoso, con mucha agua y muchos peces.

Cuando ya todo estaba arreglado para la partida se presentó Ernesto Martín.

—Mary, tu hijo arde en deseos de alcazarle y no es humano hacerle esperar.

Minutos después penetraba Mary en el domicilio de su hijo.

—¿De modo que usted... que tú... eres mi madre? Y se precipitó en su dulce regazo.

—¿Hijo mío! ¿Hijo mío!—murmuraba la pobre madre, sintiéndose desfallecer de alegría y devolviéndole las caricias.

—¿Tantos años como te he estado buscando inútilmente!...

Ernesto Martín, a través de sus lágrimas, contemplaba a la dulce Mary desde un extremo del salón.

—Leo lo que pasa en tu alma, Ernesto—dijo ésta—. Ahora que mi hijo ha vuelto a mis brazos, vamos a ser dos a quererle, ¿verdad?.

—Creo Mary, que he sabido esperar...

—¿Yo yo?—preguntó Pedrín—. ¿Podré quererle también?

—¡Ya lo creo, hijo mío!—repuso Mary atrayéndolo hacia sí—. El querer no es pecado; lo manda Dios. ¿Qué sería de la Humanidad si no nos amáramos los unos a los otros?

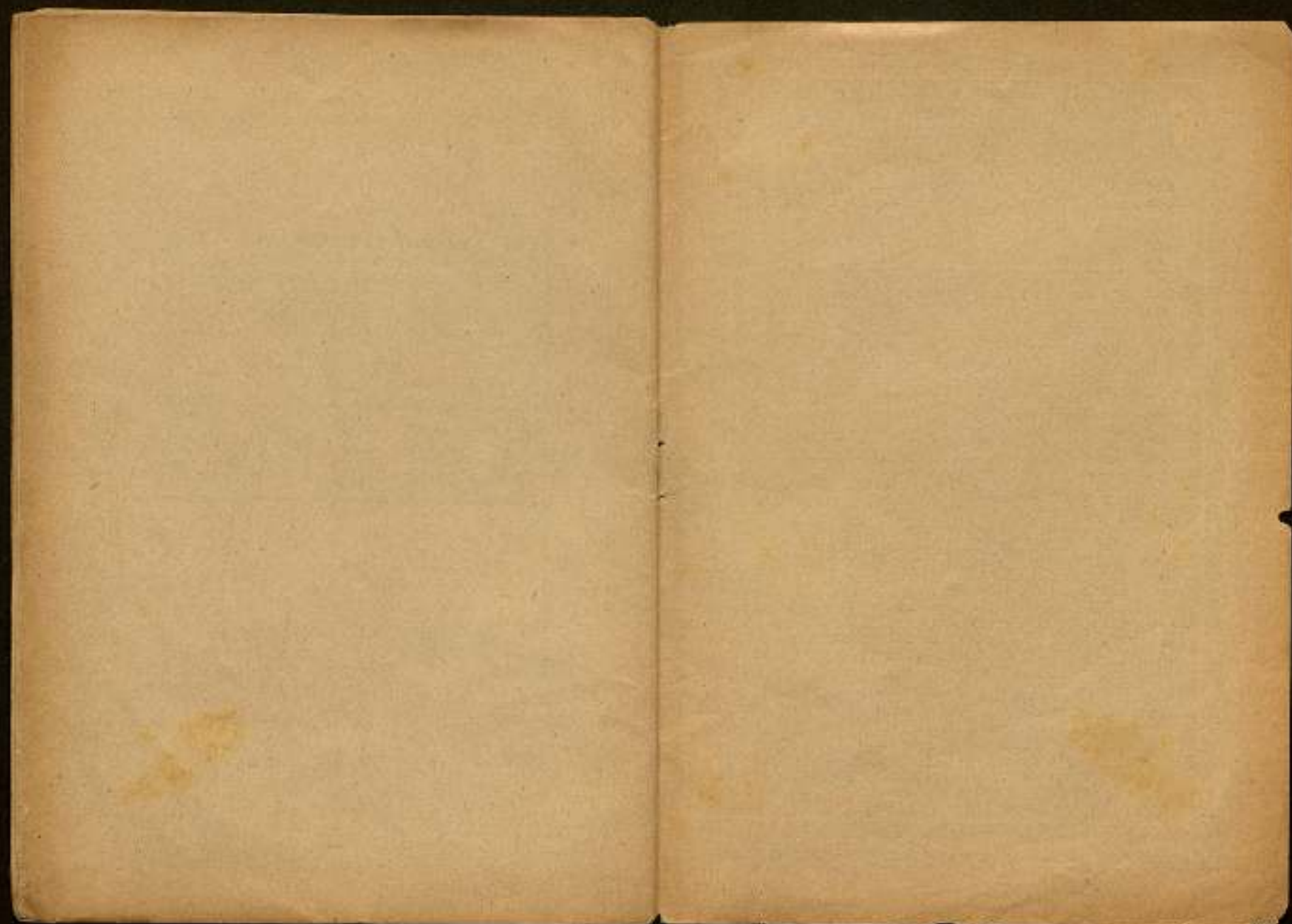
F I N

Muy pronto un número
extraordinario con la más grande
de las películas realizadas
hasta hoy

NAPOLEON

por

ABEL GANCE



FIGURINES DE MODAS



Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

PRECIO	TÍTULO	Frec. de Actualiz.
30—	Album de bal	Noviembre
5—	La lingerie parisienne	
1'50	Lingerie et broderie	
6—	Album trousseau	Diciembre
5—	Robes lingerie et robes brodées	Abril
5—	Biocres amateures	Trimestral
35—	Grandes créations	
5—	Les chapeaux modernes	
1'50	Weldon's catalogue	
1'00	Weldon's ladies journal	Mensual
1'25	Weldon's children	
5'50	La mode de Paris	Marzo y Setiembre
4'50	Elle	
3'50	Mantoux et costumes de promenade	
2'50	Modes d'enfants	
1'00	Elle et d'après	Mensual
3'50	L'Idéal parisien	
4—	Paris chic	
4—	La chic	
4'50	La grand chic	
4—	Tout chic	12, 14, 16 y 18
6—	New ladies fashions	5 veces al año
5—	La mode qui viendra	15 veces el año

Entre títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barçara, 15. Apartado 925 - Barcelona